

Perfidia de España

Una macrocopla así llamada

JAVIER ROS PARDO

Perfidia de España
Una macrocopla así llamada

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2018, respecto a la segunda edición en español, por:

© Javier Ros Pardo
© Ilustración: Adriana Pujol
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103255
E-book: 9781524303549

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

“Item magister Machado dixit”

**“A TODOS NOS HAN CANTADO
EN UNA NOCHE DE JUERGA
COPLAS QUE NOS HAN
MATADO”.**

*A Margarita Márquez Pérez, cantaora,
insigne maestra de muchas generaciones de
artistas sevillanos.*

*A mi hija Ana, que desde su exilio científico en
Alemania alentó de principio a fin este ejercicio
de libertad creadora, que fue guión cinematográfico
antes de convertirse en novela.*

Texto de presentación de la novela PERFIDIA DE ESPAÑA de Javier Ros Pardo en el Excmo. Ateneo de Sevilla el 25 de octubre de 2017

Ha sido valiente, creativo, trabajador Javier Ros para acometer la construcción de esta obra que hoy presentamos. Es su primera novela (esperemos que no la última) y, como suele ocurrir, tiene algo de autobiografía.

El contexto, sus experiencias, su filosofía, su actitud ante la vida, etc., están presentes de alguna manera en el relato, en la trama, en los personajes, en el sentido profundo del mensaje principal. Y como Javier ha sido profesor durante tantos años, también esa faceta se refleja en la forma tan didáctica de presentar y estructurar la novela.

Maquiavelo, en *El Príncipe*, dice que los pintores encargados de dibujar un paisaje deben estar en las montañas cuando tienen necesidad de descubrir bien los valles; pero también únicamente desde el fondo de los valles pueden ver bien en toda su extensión las montañas y sitios elevados. Y Javier, con una perspectiva desde arriba, como gran observador, y desde abajo, con vivencias subjetivas y experiencias profesionales, ha podido y sabido plasmar, con líneas maestras, y tejer a la vez, toda una historia llena de pasiones, infamias y mezquindades. Porque, como afirma Carmen Posadas en su obra *Pequeñas infamias*, “*las mentiras suenan a verdad cuando se apoyan en datos verídicos*”.

Pero no olvidemos que estamos, sobre todo, ante una obra literaria, y en ella sobresalen dos criterios fundamentales para poder distinguirla así: por una parte, la capacidad especial que tiene el lenguaje literario para provocar una obra “*sui géneris*”, y en segundo

lugar, el carácter estructurado del conjunto para conformar una unidad singular, personalísima como ésta, y quizás irrepetible.

Es Benedetto Croce el que distingue cuatro clases de niveles en la literatura y los denomina como “hermosas vestiduras” de las obras literarias y que yo he advertido al leer esta novela: la vestidura de lo sentimental-subjetivo, de lo discursivo, de lo recreativo y de lo instructivo. Aspectos que, una vez leída esta obra, se perciben claramente y se disfrutan con mayor conocimiento.

El comienzo con el circo “Eduardini” es muy acertado y oportuno. Yo creo que el comenzar una novela es de lo más difícil, porque asegura toda la trama posterior que el autor debe tener en mente. En este caso, este comienzo te engancha ya para todo el relato. Te abre una puerta por donde van a entrar todos los personajes principales.

Quien lea el comienzo sentirá, sin duda, deseos de seguir leyendo, con la sospecha de que habrá sucesos inesperados y desconcertantes. Y es que, nada más comenzar, se establece una relación especial con el narrador de la historia y se quiere seguir escuchándolo. Porque intuye el lector que lo que va a narrar será algo complejo que tendrá principio y fin y, una vez atraído por el comienzo y por lo que intuye, estará, como yo he estado, atrapado hasta el final.

Estamos ante una novela narrativa, pero narrativa ‘mixta’. El autor habla en primera persona, como narrador, (a través del Notario) y hace hablar a sus personajes en estilo directo. No ocurre como en el drama, en el cual el autor desaparece detrás de sus personajes.

Está muy bien estructurada, para hacerla fácil al lector, con artificios de ironía, parodia, comicidad, juegos de palabras, etc. Sería curioso realizar un estudio del vocabulario empleado en la novela y de las construcciones sintácticas, porque hay una variedad de “estratos lingüísticos” que le dan mucha riqueza.

La forma y el fondo o la materia y el fondo, es decir, lo que es el “mundo”, se ha convertido aquí en lenguaje, de tal manera que se aúnan perfectamente las palabras y el comportamiento humano o las ideas y actitudes humanas con la lengua hecha realidad en el habla de tan variados personajes.

Intriga, amor, odio..., estamos ante una novela de carácter social, que como sabemos, es como una desviación de la novela romántica. Llama la atención las excelentes descripciones de los sitios y lugares, tan bien documentados, así como el dibujo o retrato de cada personaje. Y dentro de lo que es el *hic* y el *nunc* (*el aquí y el ahora*) destacan, por ejemplo, la descripción realista y soberbia del corral del vecino, de los burdeles, de las correrías en las caravanas del circo, de la gran trifulca en el patio de butacas del Teatro, etc.

Me recuerda las obras de Wenceslao Ayguals de Izco *El niño de la inclusa*, y *El pueblo y sus opresores*. Aunque en niveles y planos diferentes, porque aquí retrata magistralmente la sociedad sevillana de la época, allá por los años 50.

Creo que es una novela que puede satisfacer a un público muy extenso: para unos será por la trama, para otros por el aspecto literario, las palabras, la expresión. A algunos les gustará la lucha entre los caracteres, sin olvidar el sentido y la verdadera significación que va revelándose gradualmente. Sin embargo, considero que el mejor criterio para analizar o valorar esta obra es la “inclusividad”, como afirman Wellek y Warren en su obra *Teoría literaria*.

Al leerla nos encontramos con el ritmo, otro elemento de toda obra literaria, que produce una prosa fluida con frecuentes diálogos, que rompen lo que pudiera resultar monótono. Sobre todo si esos diálogos, en especial de los artistas, están llenos de gracia y en niveles lingüísticos diferentes, como antes hemos advertido.

Como lingüista valoro la perfecta construcción sintáctica y la atinada adjetivación, algo que siempre resulta difícil, así como el uso de símiles, comparaciones y metáforas de todo tipo.

Responde perfectamente a lo que es y debe ser una obra literaria, en este caso una novela que, según todos los cánones, representa una obra en prosa en la que se narra una acción fingida, en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores con la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes, así como de caracteres, pasiones y costumbres.

Como sabemos, la novela, a diferencia de otros géneros, se distingue por su carácter abierto y su capacidad para contener elementos diversos en un relato complejo. Y ese carácter abierto es lo que permite al autor una gran libertad para integrar personajes,

introducir historias cruzadas o subordinadas unas a otras o presentar hechos en un orden distinto a aquel en el que se produjeron. Recordemos, si no, la incomparable obra de Cervantes, *El Quijote*; en ella incluye el autor todos los géneros literarios existentes.

Y en este aspecto de carácter abierto se ha basado Javier Ros para dar paso a la originalidad de su obra en la que la copla española está en la novela y la novela en la copla. Sin olvidar la inserción tan atinada de las fotos, espléndidas, que van completando la visión de todo el relato. En él observamos que los personajes van apareciendo con gran fuerza, lo cual no impide que queden muy bien definidos y caracterizados. Por eso el lector puede identificarlos con facilidad a través de toda su lectura. Y como alguien en otro lugar ha dicho “...*la irrupción de los actores en la trama es semejante a lo que ocurre en una película, con la ventaja de que podemos volver cuando queramos recordar sus características*”. Por eso esta singular novela puede ser, y de hecho lo va a ser, una película.

Mucho se ha hablado y escrito sobre la relación entre la literatura y la sociedad o de la literatura como interpretación del hombre. Ambos aspectos están patentes en esta novela. De hecho se hacen estudios de obras literarias como documentos sociales, como supuestas pinturas de la realidad social. Y aquí nos encontramos con descripciones magníficas de las diversas clases sociales de una época tan reciente que nosotros mismos hemos conocido y vivido.

Es de destacar, en esta realidad social, la denuncia de la situación marginal de la mujer en ese momento, exponiendo con claridad las condiciones de las mujeres de aquella época: su explotación laboral y sexual que el autor lo resume con una frase en boca de una de las artistas: “*Ser mujer en España o en una tribu en el centro de África tiene las mismas ventajas*”. Hay un clamor por la libertad, la dignidad y la belleza femenina. Y, a la vez, un alegato contra la soberbia, el dominio y la hipocresía de las clases que conforman los poderes fácticos.

Y también, como en cualquier novela de este tipo, Javier Ros nos descubre el ser y el alma de muchas personas; pone de manifiesto las miserias, las pasiones y las necesidades del ser humano. Porque, como afirma J.L. Micó Buchón, “*En la vida, los hombres no se entregan fácilmente, esconden con gran celo sus miserias, a veces también sus*

grandezas, disimulan sus intenciones y sus fracasos. Aun después de haber convivido largo tiempo con otros, no siempre podemos decir que su intimidad nos ha sido revelada”.

Pero llega un creador literario, como Javier, descubre unos rasgos de la vida, intuye otros, adivina los restantes con su ingenio y nos deja en su obra las almas abiertas, al desnudo, con todas las grandezas y miserias que en la vida real se ocultan bajo los disfraces. Y así nos resulta que esta novela viene a ser como un documental, un testimonio de la sociedad y de la vida humana. Y su interés se acentúa para nosotros porque ese documental lingüístico-literario (valga la expresión), está rodado en nuestro entorno más cercano, en la Sevilla que todos conocemos, en las calles y plazas que pateamos casi a diario. Leyendo esta novela, tenemos la impresión de haberlo vivido, de haberlo visto y oído todo nosotros mismos.

Por eso, a través de su lectura les será fácil comprender la verdad de las cosas, las circunstancias sociales y su importancia, sobre todo a las personas que no hayan conocido ni vivido esa época singular de los años cincuenta del pasado siglo.

Alguien ha dicho que la literatura es “la exploración del hombre por el hombre”. Cuando un escritor realiza esa exploración, la literatura, el lenguaje literario alcanza su sentido más alto y profundo, lo que se consigue, fundamentalmente con la novela. Javier Ros ha entendido muy bien aquí lo que afirma Bernar Shaw, “*que los espejos se emplean para verse la cara, pero la obra de arte, en este caso literaria, para verse el alma*”.

En cualquier caso, es una novela muy entretenida por su forma, su fondo y por la graduación de su interés que va atrapando al lector hasta su inesperado final, con un punto de suspense que hace justicia a la conducta del personaje central. Porque no olvidemos que al mundo privado de la novela le corresponde la primacía del personaje que, en este caso, junto con los demás, construye la gran perfidia de la España de aquella y de cualquier época.

Con esta interesante y singular novela, *Perfidia de España*, Javier Ros nos adentra en un mundo apasionante, en una sociedad muy próxima a nosotros y nos descubre a unos tipos sociales diversos y complementarios. A él le doy mi cordial enhorabuena, como amigo a

pesar de compañero, con la firme convicción de que esta su primera novela tendrá un notable éxito porque, en verdad, merece la pena leerla y disfrutarla.

José Manuel Trigo Cutiño

Ateneísta y catedrático de Didáctica de la Lengua Española de la
Universidad de Sevilla.

Prólogo

Sevilla 19 de octubre de 1959

Yo, José Fuster Benjumea, notario del Ilustre Colegio de Sevilla, fui un horrorizado espectador de la conducta humana. Mi oficio, el escenario de mi vida y, sobre todo, el momento histórico que sufrió mi amada España, me obligaron a tener una sola misión en este mundo: ver, oír y callar. Sepan sus señorías que cuando puedan leer esto yo ya no estaré, que fue escrito en una época muy oscura del siglo XX español especialmente denigrada por los astros.

En verdad, gocé de una privilegiada posición económica y social. Mi fama de hombre callado me granjeó la confianza de muchos seres abominables que me confiaban sus secretos. Ello me permitió analizar cuestiones muy diversas desde una perspectiva muy amplia y distante.

Escogí por convicción propia ser defensor de una causa que me preocupó sobremanera: la dignidad de la mujer. En lo que se refiere a mi adorada esposa Catalina y nuestras dos hijas Carmina y Marita, hice cuanto tuve a mi alcance por llenar sus vidas de dignidad. Ellas tres quedan al margen de este relato.

Pero en un futuro, decir podrán sus señorías que pasé por este mundo como un desterrado, como un forastero atrapado por una tierra hermosa y favorable para la vida como muy pocas; una tierra

con el rostro de una bellísima doncella y el cuerpo de un animal postrado, es decir, Andalucía.

La catarsis creativa a través de la escritura fue mi único ejercicio de libertad intelectual. Los intereses de los marchantes de libros, la posible rentabilidad de lo escrito y las tendencias literarias del momento, marcadas por censores y bufones adictos al régimen, fueron cuestiones que no me preocuparon demasiado.

Cuanto dejo escrito se sitúa en las antípodas del obligado ringorrango de la jerga notarial que normalmente utilizo redactando actas, protocolos y últimas voluntades.

El resultado de mi único ejercicio de libertad creadora: poemas, ensayos, artículos periodísticos, obras teatrales, este esperpento —o como ustedes tengan a bien llamarle tras su lectura— quedan para la posteridad ocultos bajo el falso fondo del mueble-bar de mi despacho durmiendo la paz de sus carpetas, soportando el dulce peso de mi reserva de botellas de vino de Málaga que tanto entusiasmo a mi distinguida clientela. He aquí el secreto mejor guardado de mi notaría.

Corrían los cansados años cincuenta por la santísima Sevilla del cardenal Segura. El franquismo vivía sus días de máximo e incontestado esplendor. Sus objetores estaban muertos o en prisión, otros se exiliaron o callaron para siempre. La sociedad española huye hacia adelante y sobrevive en medio de una generalizada miseria moral que no entiende de clases sociales.

A lo largo de este relato se entrecruzan las vidas y fechorías de muchos de los protagonistas sugeridos por algunas de las coplas más populares de aquel irrepetible coplero que fue Rafael de León. El azar los quiso reunir en el patio de butacas del “Teatro Oriental” en la noche del estreno en la Feria de Sevilla de su gran espectáculo de variedades arrevistadas “Perfidia de España”, creado gracias al talento de Estrellita Torres, su dueña y estricta gobernanta, que no en vano era hija y heredera de un antiguo arzobispo de Sevilla y de la esposa de un general castrado por heridas de guerra.

Todos estaban necesitados de alguna misericordiosa “limosna de amores”, como Ramón, aquel joven enamorado de una muchacha de Osuna, dueña como él de unos raros y bellísimos “ojos verdes”, que

se llamaba "María de la O"; ella lo abandonó para casarse con un riquísimo "amante de abril y mayo" cuyo amor no era más que una quimérica "torre de arena". Allí estaba también el Marqués de Triana, el chulo que convirtió a su criada "María de las Mercedes" en su "bien pagá", la que en un último arrebato, buscó el amor de Oswaldo, el rubio "marine" norteamericano que tenía un "tatuaje" en el pecho y el alma malherida... y Sebastián, un joven y atribulado clérigo en vísperas de huir de España para siempre... Había también legionarios españoles, "marines" de la base de Rota y un público patibulario y surrealista que parecía escapado del cuadro de "los Borrachos" de Velázquez. Entre todos compusieron una "macrocopla" colectiva que necesitaría del trabajo de varios músicos y copleros para que sea cantada por la gente, porque aquella noche lo de menos fue lo que se vio sobre el escenario.

Sin poderlo remediar, también van entreveradas en el texto diversas melodías, cantares y formas musicales de Andalucía que dejo relacionadas al final. No es extraño, ellas son arte y parte hasta del aire que se respira. Y puesto que soy notario y me manejo entre leyes, recordaré que ya, en los albores de nuestra historia, el derecho consuetudinario de Tartessos en vez de estar escrito se cantaba.

Todos los personajes que por aquí desfilan existieron y los traté directamente, aunque algunos aparecen con el nombre cambiado. Obviamente aparecen muchas situaciones y diálogos que no escuché directamente pero que, conociendo la catadura de sus protagonistas, pude construir sin hacer un excesivo alarde de imaginación.

Merecen mención especial algunos auténticos testigos y protagonistas de diversos episodios aquí referidos, como la Tata Cloti, la fiel sirvienta del Marqués de Triana, mi adorada hermana Virtudes y su hijo, mi queridísimo sobrino Inocencio. Ellos tres, con sus confidencias, me aportaron sin saberlo los materiales básicos para construir este conjunto convergente de historias enlazadas. Tuve además otro informante decisivo: mi querido amigo el señor Benito Salgueiro, que regenta el conocido bar "Flor" de la Campana, donde a diario me sirve un exquisito café y disfruto de la gracia de su guasa sevillana, su juicio clarividente y su sabiduría senequista. También pude contar con el testimonio de otros personajes también muy

implicados en este relato: el poeta Rafael de León y el joven feriante Rafael de Lorca.

Las pechadas de reír que compartimos mi sobrino y yo, mientras rememorábamos diversas situaciones reflejadas fielmente en estas páginas, permanecerán entre los más felices recuerdos de nuestras vidas. Al final, eso es lo mejor que nos queda. Ahora él es muy joven todavía, pero cuando pasen algunos años estará en mejores condiciones para juzgar críticamente mis escritos y también a la sociedad sevillana en la que nació. Me ilusiona, al menos, pensar que eso podrá suceder en un futuro.

Todo lo escribí para mi divertimento, por una extraña e imperiosa necesidad de escribir... y escribir... pero para nadie que yo conozca ahora, porque la mayoría de mis posibles lectores no ha nacido todavía.

Pero fue excesivamente amargo amar, soñar y escribir tanto a oscuras y en silencio. No... Decid que existí, pero lo esencial de mí mismo no pudo ser, no pudo vivir... Decid, decid... que no estuve.

Y como estoy seguro de que llegarán tiempos mejores, pues no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo aguante, quisiera ofrecer a las generaciones futuras unos cuantos testimonios escritos sin censura, cortedad ni miramiento, acerca de la sociedad en la que me tocó sobrevivir en silencio.

Es por ello que dejo ordenado a mi sobrino Inocencio Goicoechea Fuster —residente en Viena, como depositario, propietario y heredero de los posibles derechos de autor que pudiera generar— que este relato con algunas fotos en blanco y negro que guardé para el texto debidas a diversos autores, no podrá ver la luz pública... hasta cincuenta años después de mi muerte.

José Fuster Benjumea. Sevilla, 19, X, 1959

Nihil obstat.

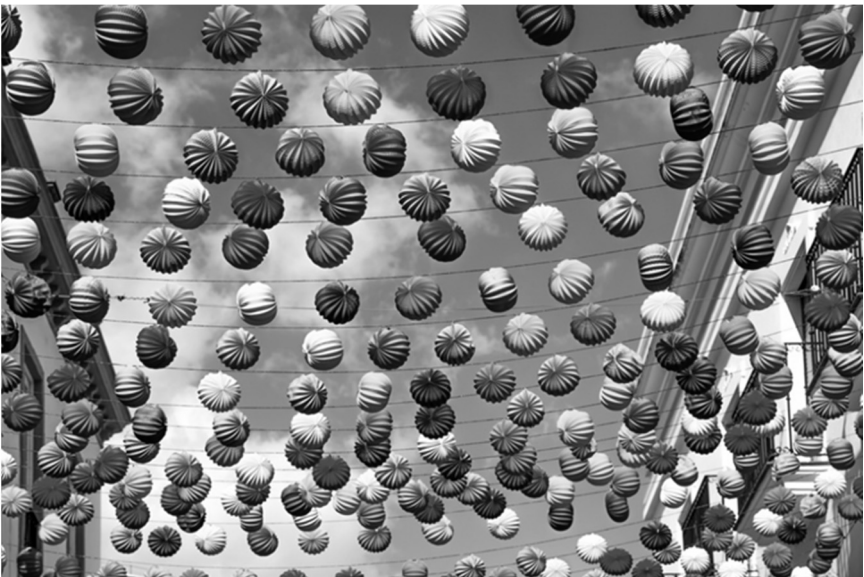
“PERFIDIA DE ESPAÑA”

UNA MACROCOPLA ASÍ LLAMADA

1. Un poco de circo chino

Feria de Agosto de Málaga. 1957

Por fin, bajo la carpa del Gran Circo Eduardini, tras la espectacular actuación de la trapecista Carmen Rosario, el presentador se disponía a dar paso al número más esperado de la noche:



Los imprescindibles farolillos en cualquier feria andaluza.

— *¡Señoras y señores!: ¡Por vez primera en la Feria de Málaga, lo más escalofriante jamás visto en la pista de un circo! ¡Tenemos el privilegio de presentarles a Tien-Tsin, el mejor y más prodigioso lanzador de cuchillos de China!*

Entre la oscuridad del fondo de la escena empezó a emerger lentamente una gigantesca máscara de dragón oriental. Las suaves luces rojas de la pista provocaban unos tornasoles y destellos dorados que parecían darle vida. Iba envuelta en un humo abundante, conseguido con palos de sándalo puestos con mucho ingenio por las cejas y el bigote. La orquesta, entonó unas variaciones sobre el tema de “El coro de los niños” de la ópera “Turandot”, de Giacomo Puccini, intercaladas por unos solemnes golpes de gong.

¡Tien-Tsin silueteará el cuerpo de su dulce esposa, la bellísima y encantadora Chuen-Li con siete aterradores cuchillos de fuego!

Aquella preciosa muchacha china apareció sobre la pista ejecutando un baile que remedaba el aleteo de una exótica ave tropical. Después dejó caer sus multicolores velos de seda para acabar posándose, cual delicada estatua de porcelana, entre las fauces abiertas del dragón que parecían dispuestas a engullirla.

¡Respetable público: suplicamos el máximo silencio porque el más mínimo fallo podría suponer la muerte instantánea de la artista!

El lanzador de cuchillos salió a escena muy solemnemente bajo los focos a media luz como iniciando un ritual mágico. Era un robusto asiático del sur más bien mestizo y de una considerable estatura: tenía la tez morena de los malasios, los ojos grandes y rasgados como los filipinos, y unas cejas luciferinas. Su presencia escénica era imponente pero me percaté rápido de que aquel hombre, tras su faz sombría, escondía una personalidad capaz de dar espanto a cualquier alma buena.

Primero cruzó sus brazos y, de forma sorpresiva, los abrió para dejar caer su capa dorada asombrando a todos con la exhibición de sus poderosos músculos. Una oculta servidora de escena le sacó una pequeña mesita con siete punzantes cuchillos clavados de punta. Luego encendió con parsimonia sus mangos, como si fuera el preparativo de un gran truco de magia. Cuando ya ardían como antorchas, se dispuso a dispararlos uno a uno. Mientras la luz de los focos se desvanecía con sutileza, la música lograba crear un clima que daba escalofríos.

Hubo un momento de silencio estremecedor —tan helado como el filo de aquellas dagas— seguido de otro inquietante redoble: Tien-

Tsin cogió por la punta el primer cuchillo y lo arrojó, certero, yéndose a clavar exactamente junto al rostro de su joven esposa.

El golpe seco del primer impacto sobre la madera del decorado, seguido de unos momentos de silencio, provocó un colectivo suspiro entre un público que contenía la respiración... Aquello parecía ya calculado, pero yo capté que entre aquella pareja de artistas existía algo anormal, como una extraña tensión imperceptible para los demás.

El segundo y el tercero se clavaron simétricamente junto a la cintura de Chuen-Li.

El cuarto, justo entre sus dos piernas entreabiertas.

El quinto se hincó simétrico con el primero y el sexto bajo su axila izquierda. Ella permanecía quieta, sin mover un pelo, y cerró los ojos fatalmente como deseando que todo acabase cuanto antes.

Entre las sillas de pista había una joven mamá con un bebé en brazos que rompió a llorar quebrantando aquel silencio glacial que daba espanto. Chuen-Li abrió los ojos y lo miró horrorizada mientras unos goterones de sudor frío le chorreaban por la frente.

Era la coartada perfecta que aquel verdugo estaba esperando.

Será imposible borrar de mi memoria aquellos ojos que suplicaban que alguien evitara la infamia que ya estaba a punto de consumarse.

El séptimo cuchillo voló preciso y certero hacia su pecho.

Un violento golpe de platillo cortó en seco el redoble del tambor: el cuchillo, al hundirse por el seno izquierdo de la muchacha, se le clavó en el corazón hasta la empuñadura matándola instantáneamente.

Chuen-Li cayó fulminada. Una espectadora que tenía muy cerca se levantó como por un resorte y profirió un espeluznante alarido que, de inmediato, contagió a todo el graderío produciéndose una histérica confusión colectiva.

El presentador, reaccionó rápido gritando desesperadamente:

— ¡Un médico! Por el amor de Dios. ¡Un médico! ¡Ha sucedido un inesperado y terrible accidente!

De lejos pude apreciar cómo el propio peso del cuerpo de la joven artista, al caer, arrancó de la madera la punta de la daga que había llegado a hincarse después de traspasar su cuerpo.

Tien-Tsin, con una sangre fría impresionante, fue el primero en acudir hacia ella simulando que quería arrancarle del cuerpo el puñal que le había clavado de forma calculada y precisa.

Al momento la muchacha empezó a desangrarse a caños por la herida. La cogió del suelo y salió de la escena con ella en brazos para apartarla de la vista del público, dejando un reguero de sangre que le brotaba a borbotones.

Un voluntarioso médico apareció providencialmente en medio de un remolino de gente alocada. El buen hombre cruzó la pista a toda prisa dispuesto a hacer lo imposible por aquella desdichada criatura. A la salida pude hablar brevemente con él. Me explicó consternado que, en primer lugar la había tendido sobre una camilla que le habían aviado con un tablacho puesto sobre el bidón de la basura, que cubrieron con los velos de su vestido. Primero le levantó las piernas para favorecerle el riego sanguíneo por el resto del cuerpo, e intentó atajarle la hemorragia con un pañuelo, presionándole primero la herida. La trapecionista Carmen Rosario, le improvisó a toda prisa una pequeña almohada doblando su capa de seda para posarla con mucha delicadeza bajo la menuda cabecita de Chuen-Li. Alrededor, los artistas y músicos fueron testigos de aquel esfuerzo vano. Tras varios desesperados intentos por salvarla, el médico se rindió lleno de impotencia al comprobar que el pulso se le había parado en seco:

—*Esta muchacha ha muerto.*

La voz rota y sincera del presentador al comunicar la noticia provocó entre el público una consternación general.

—*Señoras. Señores. Respetable público de Málaga, Chuen-Li, nuestra preciosa muñequita de porcelana china... nacida en Hua-Dong... hace veinte primaveras, ha muerto víctima de un terrible accidente... Queda suspendida la función...*

Tras aquella infausta velada circense, y horrorizados hasta el espanto, todos sufrimos una irremediable noche de insomnio.

A la mañana siguiente y con el alma todavía convertida en hielo, me levanté muy temprano. Sentí la necesidad de coger mi cuaderno de apuntes para redactar lo antes posible algo sobre lo sucedido la noche anterior.



Amanecer en Málaga.

Necesitaba ver el mar. Me llegué hasta la playa de la Malagueta y, antes de que llegara nadie, me puse a observar el oleaje intentando no pensar en nada.

Para cualquier sevillano es un privilegio poder pasar las peores semanas de la canícula de agosto disfrutando de la belleza del mar, de la bondad del clima y del agradable ambiente que se respira en la capital malagueña, a la que está vinculada mi familia desde antiguo.

Contemplar el “Mare Nostrum” me relaja y me invita a amar la vida por encima de todas las cosas. Deleitarse con su hermosura desmedida y el azul profundo de sus aguas es un regalo que los habitantes de este lugar del mundo tenemos ahí; es una especie de vacuna contra cualquier forma de tristeza. La cadencia de sus olas me conecta de inmediato con los griegos que por aquí nos trajeron la vid

y el olivo; sin poderlo remediar, me evocan las melodías andaluzas de ayer y siempre que llevo, de por vida, grabadas en mi memoria.

Así estuve más de dos horas sin atinar a escribir nada. Luego, un poco más sereno, me fui hasta la Alameda de Colón, me senté en un solitario café para redactar unas primeras reflexiones. Ya llevaba escritas dos carillas cuando al encargado se le ocurrió poner la radio para amenizar su trabajo, mientras ordenaba la barra y fregaba tazas y vasos. Por la tela de cretona empezaron a salir los prodigiosos sortilegios de voz de mi admirado cantaor Antonio Molina, —digno heredero de los legendarios muezines andalusíes—, cantando “La hija de Juan Simón”, aquella historia del miserable enterrador, el único del pueblo, que venía de dar sepultura a su hija, y también “*de enterrar su corazón*”. Aquella canción para mí se convirtió en una especie de elegía por aquella desgraciada artista china, y me provocó una congoja que no sé explicar sobre un papel. Me pregunté que en qué lejano lugar del mundo podrían estar sus desventurados padres, porque existe una verdad indiscutible más allá de razas o credos: peor que la muerte de una hija o un hijo en la flor de la vida no hay nada.



“marketing” folklórico, 1957.

Por otro lado, siento que esa canción que tan a menudo se oye por la radio —salvando las distancias— tiene una altura artística que no

desmerece al lado de las mejores pinturas negras de Goya, pues retrata de forma inigualable la sensación de derrota colectiva que sufre el pueblo español. Tras una matanza fratricida como la última que hemos sufrido en nuestra patria, no hay vencedores ni vencidos, solamente perdedores.

Este régimen que tanto asegura haber salvado a España, y la Iglesia española —siempre acomodaticia y sumisa hasta con los poderes públicos más perversos— han conseguido que la gente piense que la vida es una mala noche en una puerca posada, y por ello la muerte es hermosa y liberadora. La muerte es el tema omnipresente en los actos religiosos, los colegios, las películas, los toros o el circo. En consecuencia, la masa anónima que me rodea ha hecho suya una visión del mundo análoga a la que existía en la Europa assolada por las pestes medievales. Hoy la mitad de mi patria es un cuartel, la otra mitad clerecía y monasterio, y el resto... un cementerio.

En fin, es lo que sucede en cualquier parte cuando los amos de la fuerza bruta cuentan con la ayuda solícita de los hechiceros para mantener amordazado al pueblo llano.

Contaré con algo más de detalle lo sucedido aquella noche en la Feria de Agosto de Málaga de 1957, que olvidar quisieramos:

Tal y como está la sociedad española, no corren unos tiempos demasiado malos para el circo. Observo que el público español ha asumido como suyo el ideal legionario de “Viva la muerte”, por lo que los espectadores acuden más dispuestos a dejarse emocionar por el morbo que provoca el desmesurado riesgo físico al que se someten la mayoría de los artistas, que a ser seducidos por la belleza estética o la emoción artística de los números circenses. Verdaderamente, el presentador no exageraba: muchos de aquellos jóvenes se jugaban su vida repetidas veces en cada función. Se trata del mismo morbo que se respira, por ejemplo, en las corridas de toros de la Malagueta con los históricos duelos taurinos entre Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín.

El público abarrotaba el Real de la Feria y el graderío del “Gran Circo Eduardini”. Estaba repleto de familias con tres, cuatro o cinco

chaveas, abuelitos con sus nietos, pandillas de mozalbetes y soldados... Algunas niñas iban vestidas de flamenca y solo unas pocas llevaban el popular traje de pescadora malagueña. Abundaban las mocitas que no lucían ningún traje popular andaluz, pero habían vestido de fiesta la hermosura de su rostro y el negro zaíno de sus cabellos a base de unas pocas flores puestas con una gracia inigualable y un arte tan ancestral como el Mediterráneo que las parió en este hermoso rincón de Andalucía. El graderío, en sí mismo, era un festival de mujeres guapísimas de ojos sarracenos, dueñas de unas bellezas altivas como las melodías de nuestros pasodobles, como los cantares malagueños que animan su Feria de noche y día...

No puedo decir que la ya referida muerte de Chuen-li fue algo que me tocó ver a mí solamente; bajo la carpa seríamos unos mil espectadores. Nueve personas de mi familia presenciamos el horripilante espectáculo desde la primera fila de las sillas de pista. El que suscribe estaba sentado frente a la escena junto a mi esposa Catalina; mi queridísima hermana Virtudes y su marido, el señor Clemente Goicoechea, antiguo gobernador civil de Málaga, cuyo matrimonio fue el resultado de la querencia que mis padres profesaron a la ciudad. Iban acompañados de sus cinco hijos: mi sobrino Inocencio, un real mocetón de diecisiete años, y sus cuatro preciosas hermanitas menores con los que compartimos aquella velada circense que será imposible borrar de nuestra memoria.

Mi cuñado es un hombre alto y corpulento que conserva sus avenates de curtido militar, que tanto le sirvieron para convertirse en el mandamás de la ciudad. Él consiguió su puesto de gobernador por "méritos de guerra", es decir por ser uno de los brazos exterminadores del "Carnicerito de Málaga", el ilustre don Carlos Arias Navarro, actualmente uno de los lacayos de confianza del Generalísimo en las tareas del gobierno de la nación. Bueno, la historia de amor entre aquel pedazo de héroe de la "Santa Cruzada" y mi hermana Virtudes fue inexplicable, como tantas y tantas. Un romance que comenzó una soleada tarde de verano aquí, en la playa de la Malagueta. Seguramente, entre ambos la cosa anda algo equilibrada porque él, supongo yo, andaría buscando en su compañera las cualidades que le faltaban. Ella es ejemplo de mujer buena y también, por mucho que

me pese, una mártir dotada de mucha mano izquierda e inteligencia para domesticar a su marido. Tiene mucho arte para neutralizar en todo momento las barbaridades que larga continuamente.

A su lado también estaba mi querido amigo de Sevilla don Aquilino Japón de Santaella, Marqués de Villaviciosa, acompañado de su rubia y graciosísima esposa doña Gertrudis, de la que continúa perdidamente enamorado después de treinta años de matrimonio. Al igual que nosotros también tienen una casa en Málaga para disfrutar de su delicioso verano. Soy de los pocos que saben que, además de aristócrata, es un ilustrado disfrazado de bufón para sobrevivir en un contexto que odia con toda su alma. Como yo, es un exiliado interior que, para no delatarse ante los demás en las reuniones, mejor que pasar el tiempo oyendo burradas, siempre opta por ponerse a contar una imparable retahíla de chistes y chascarrillos con una gracia y un salero inigualables.

Todos acudíamos aquella noche dispuestos a disfrutar de un espectáculo cuya calidad había sido muy anunciada por la prensa local.

La orquesta del circo, con la ayuda de dos trompetas muy bien timbradas, se metieron de inmediato al público en el bolsillo al entonar “Cuando salí de Marbella”, unos castizos “verdiales” de la tierra. Pude observar a un grupo de ingleses, situado entre las primeras filas de las sillas de pista, sonriendo cautivados por estas melodías que tan claramente explican ante los ojos forasteros la luz y el genio alegre de la gente de nuestra tierra. Al verlos me vinieron a la memoria los escritos de aquellos viajeros románticos ingleses y franceses que nos espionaron desde principios del siglo diecinueve: *“Entre las españolas es fácil encontrar bellezas triunfales pero los hombres descuidan mucho su físico y su aspecto suele ser patibulario,”* —relataba Richard Ford— No obstante, para mi fuero íntimo, creo que el paisaje anímico de los que veo por la calle es muchísimo peor que eso.

Viendo aquel graderío lleno de tantas caras aparentemente felices, daba la impresión de que Málaga, bombardeada por tierra mar y aire durante la Guerra Civil, ya empezaba a recuperarse algo de las humillaciones sufridas por sus habitantes. Todo tan vergonzosamente silenciado por tirios y troyanos. A diferencia de las que desfilan por la

calle, creo que esa procesión los malagueños la siguen llevando por dentro. Pese a todo, la vida sigue adelante.



Malagueños. 1957.

Abría la gala una breve pero vistosa parada de presentación: iban primero unos malabaristas árabes volando prodigiosamente unas antorchas de fuego, seguidos por otros artistas españoles, italianos, mejicanos, rusos y chinos portando las banderas de sus países de procedencia. El desfile lo cerraba una pequeña biga tirada por dos hermosos caballos enjaezados, sobre la que aparecía radiante la primera gran estrella internacional de la compañía: la trapecista Carmen Rosario.

La gracia y destreza de la troupe de malabaristas árabes encargada de abrir el programa, mereció una atronadora ovación, igual que la que recibieron los saltadores aztecas.

Después cuatro fornidos atletas rusos, envueltos en luces rojas, escenificaron a movimiento ralentizado un prodigioso número de estatuas vivientes haciendo unos difíciles números gimnásticos al reiterativo compás de "los bateleros del Volga". Sus perfectas proporciones físicas —propias de las obras maestras del arte

helénico— provocaban no pocas envidias entre un público que, desde antiguo, ha despreciado la práctica de la “mens sana in corpore sano”.

El presentador del Circo Eduardini era un curtido profesional, un artista de talla capaz de transmitir a raudales el amor al circo que le debía venir de generaciones. Por fin, llegó la hora de presentar el número más esperado, el primer plato fuerte del espectáculo:

— *¡Respetable público!: ¡Admirada en los cinco continentes! ¡Triunfadora en los mejores circos americanos! ¡La más hermosa trapecista andaluza!*

Cada vez que vuela en el trapecio bajo la cúpula del Circo Eduardini, ella se convierte en una paloma blanca revoleadora capaz de ponernos a todos el alma en vilo.

En la pista del Circo Eduardini... Ante ustedes... Por vez primera en la Feria de Málaga, la triunfadora en los mejores circos de París, Londres y Berlín ¡La más guapa y valiente trapecista española! ¡Carmen Rosario!

El cañón dirigido, acompañado de un redoble, iluminó el telón plateado. La bien cuidada escenografía lograba que la presentación en la pista de Carmen Rosario fuera espectacular. Aparecía montada sobre “Caravaggio”, un descomunal elefante hindú, luciendo una etérea capa de color celeste que caía con gran elegancia por los lomos del bichito.

Tras la expectación creada por la buena labia del presentador, el público la recibió con un cálido aplauso, es decir, el imprescindible estímulo que necesitaba la artista antes de subirse a la cúpula del circo para poner a todos los vellos de punta con su demencial repertorio de temeridades. Ella, aparentemente feliz, correspondía una y otra vez al respetable con una sonrisa que disimulaba bien el entripado que debería llevar en lo alto antes de empezar a volar en el trapecio. Esto último, es un secreto que lejos de empañar el prestigio de cualquier artista, certifica su profesionalidad, pues cuando pierde el respeto al riesgo o al público ello quiere decir que debe retirarse lo antes posible.

Pero de modo imprevisto, a la mitad de la obligada vuelta a la pista, la colosal mole del paquidermo asiático se detuvo un momento. La trapecista notó que sucedía algo raro y, sin perder la sonrisa, lo achuchó un poco con los pies para que siguiera andando, pero fue inútil, se había quedado quieto como una estatua. Inesperadamente, abrió un poco sus

patas traseras y se puso en actitud cómoda para defecar sin disimulo una interminable morterada de excrementos que quedaron descaradamente visibles ante el público.

El presentador —que ya tenía pinta de asustarse por poco— demostró tener sobrados recursos para disimular éste o cualquier otro incidente que pudiera surgir durante la función: mandó desvanecer la intensidad de los focos de la pista dejando tan sólo el cañón de luz dirigido hacia Carmen Rosario.

De forma casi invisible, apareció por un lado de la pista una oscura y joven empleada del circo: Estrellita Torres y Campofloro, es decir, uno de los personajes centrales de nuestra historia. En el lugar adecuado puso un providencial taburete para que la gran diva del trapecio se bajase con facilidad desde el pescuezo del paquidermo.

Estrellita, era famosa solamente entre sus compañeros de la compañía circense por ser propietaria de una viperina lengüita de tornillo, de esas que muerden con la boca cerrada.

A lo largo de la función debía realizar con gran precisión múltiples acciones perfectamente coordinadas con los demás técnicos, músicos y artistas. Es así como en cualquier lugar se pone en pie “El mayor espectáculo del mundo”. Cerca de donde me encontraba, ella debía tensar en escasos segundos la escala de cuerda que usaba la trapecista para que pudiera subir más fácilmente, y después atarla a uno de los mástiles que soportaban el peso de la carpa. Carmen Rosario trepó decidida hacia el trapecio con la agilidad de una orangutana. Cuando llegó arriba vi cómo Estrellita le arrojaba desde abajo una mirada absolutamente mala y ruin. Despechada por no ser ella la que recibía la salva de aplausos, pude oírle mascullar entre dientes:

—“¡Japuta! ¡Así te partas los cuernos contra el suelo!”

Quedó evidente que sus aptitudes para la poesía lírica no eran excesivas.

... El foco había desviado hábilmente la atención del respetable hacia el trapecio y el espacio aéreo que allá arriba aguardaban a la artista para que ella sola lo llenase con su arte y poderío. La orquesta del circo entonó una conocida melodía que también serviría como rumor de fondo de su primer número: “... de noche cuando me acuesto

le rezo a la Virgen de la Macarena...” que el mujerío allí presente musitaba por lo bajo.

— ¡Esta mujer ha borrado del diccionario la palabra “miedo... a la muerte”, cambiándola por las de “arte, arrojo y audacia”!

¡Señoras y señores!... suplicamos silencio porque la muerte gravita sobre nuestras cabezas. ¡Vuela por lo alto de la cúpula del gran circo Eduardini! El número es tan arriesgado que les suplicamos que contengan hasta... hasta la respiración.

Respetable público, un pequeño descuido, un mínimo fallo puede suponer la muerte segura de la artista.

¡Silencio! Señores espectadores, durante su actuación, suplicamos mucho silencio.



Una paloma blanca revoleadora.

Comenzó balanceando el trapecio hasta acabar casi rozando la lona de la cúpula, soltándose de manos y quedando sólo apoyada en su barra por la cabeza. Los agudos sostenidos y las notas arrastradas —que se dejaban oír en los momentos de máxima emoción y peligro— eran rematados por los inevitables redobles y platillazos de rigor.

Luego repitió el balanceo pero sentada sobre una silla puesta sobre el trapecio únicamente en los dos travesaños de sus patas. Remató el número dejándola caer a la pista mientras ella se quedaba boca abajo milagrosamente colgada por los pies. Trabajaba allá arriba sin red; por eso la pista del circo me parecía como un asesino amenazante que la esperaba sin impaciencia. Abajo, Carmen Rosario no tenía más seguro de vida que su joven marido, que seguía cada uno de sus movimientos elevando sus brazos amantes hacia el trapecio como queriéndola proteger del peligro.

El público, con los vellos como escarpas, entre los suspiros y gritos de angustia de algunas mujeres, la premiaba continuamente con unas atronadoras ovaciones.



Inteligencia “versus” fuerza bruta.

Mientras, entre la penumbra, Estrellita debió retirar más que a escape el recado que “Caravaggio” había largado en medio de la pista.

Oculto tras la escena, había un amplio espacio para los decorados y los percheros con el vestuario ordenado de manera que facilitaba a los artistas los cambios sucesivos según el momento de su aparición a lo largo del espectáculo. Sobre una gran carra con ruedas ya estaba lista la tramoya del número siguiente: la descomunal máscara de dragón chino y la mesita auxiliar con los siete cuchillos clavados de punta, relucientes y perfectamente alineados. Por otro lado y sin armar ruido, “Caravaggio” aguardaba muy tranquilito el momento de salir de nuevo a la pista para recoger apoteósicamente a Carmen Rosario.

Tien-Tsin se preparaba con la ayuda de su esposa, casi ritualmente, para presentar en la pista su número de lanzamiento de cuchillos que iba tras la actuación de la trapecista. Mientras, Chuen-Li, debió sentir que en aquella función iba a pasar algo raro. Debió sentirse, entre resignada y sombría, como una mansa cordera que camina sumisa hacia el ara del sacrificio; como el hijo de la Dolorosa de Pasión que inspiró aquella melodía que tanto se repite en nuestras procesiones. Mientras, arriba, Carmen Rosario seguía volando en el trapecio libre y etérea como un poema.

En la pista proseguía el espectáculo, los trompetistas se recreaban interpretando la misma melodía arrastrando sus notas más agudas, adornándolas con unos prodigiosos “desafinados” que realizaban con mucho arte los momentos de máximo riesgo. Carmen Rosario los resolvía todos con escalofriante desenvoltura. Un redoble del tambor indicó que por fin, iba a ofrecer su último y más espectacular número: con una apabullante seguridad, empezó un último balanceo colgada del trapecio únicamente por las corvas. Dos trompetas, cual voces agoreras de muerte, acompañaban el balanceo interpretando “la Llorona”, una popular canción mejicana.

Mi hermana Virtudes, que estaba sentada a mi izquierda, es un auténtico arquetipo de mujer morena andaluza en la plenitud de su belleza. Posee el aura de una pitonisa clásica del Mediterráneo —de ésas que pueden encontrarse por las islas del Mar Egeo— y unos clarividentes ojos de hechicera fuertemente conectados con el cosmos.

Durante toda la actuación de Carmen Rosario tuvo sus dos manos agarradas al crucifijo de oro que siempre lleva al cuello, como implorando la protección divina para la muchacha que se estaba jugando la vida allá arriba, que podría ser su hija. A la par que las trompetas interpretaban la melodía, sus labios musitaban la letra de la canción de forma casi imperceptible para los demás espectadores, pero yo la pude oír:

—...“*Qué es lo que tienen las flores, llorona,
Las flores del camposanto...
Que cuando las mueve el viento, llorona,
Parece que están llorando...
¡Ay llorona, llorona, llorona...
Llévame al río!
¡Tápame con tu rebozo,
llorona, porque me muero de frío!*”

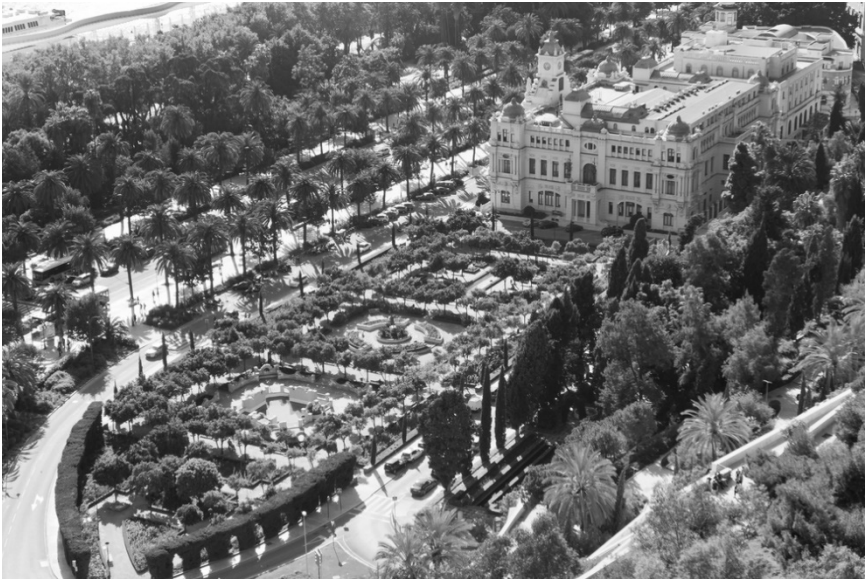
Y mientras, la espectacularidad del arte de la trapecista se conjugaba hábilmente con las emociones que sabían transmitir los músicos. Sobre la pista gravitaba como un fatal aviso de muerte, que tal y como el presentador recordaba de forma machacona, podía suceder en cualquier momento al menor fallo de la artista.

Aquel día Carmen Rosario salió nuevamente ilesa de su actuación tras desafiar, una vez más, todas las leyes de la gravedad. Como siempre, rebotante de alegría, descendió volátil como una paloma de la cúpula del circo envuelta por el cariño de un público rendido ante su arte. Estrellita abrió de nuevo la escena. Tras los aplausos de rigor, desapareció de la pista montada gloriosamente sobre el lomo de “Caravaggio” con muchos motivos para irse muy contenta a cenar.

Chuen-li en aquella fatídica noche sentiría que su corazón le latía cada vez más fuerte. El rostro angustiado que le vi de lejos preludiaba que algo espantoso podía suceder en cualquier momento. Tendré que morirme para que se me olvide el llanto de aquel niño, y aquellos ojos que abrió horrorizada por última vez antes de morir.

Estrellita, después de sacar a escena la mesita con los siete cuchillos clavados de punta, pude ver cómo arrojó a Chuen-li una mirada completamente asesina que me inquietó sobremanera. Luego, escondida en la penumbra como una rata vieja, esperé para ver la consumación del asesinato que ella misma había planificado meticulosamente. Lo que pasó después, ya estaba escrito.

Mi hermana, mi esposa y su amiga Gertrudis quedaron traumatizadas por mucho tiempo. Durante lo que quedó del verano, cada vez que relataban el episodio a sus muchas amistades, no desperdiciaron ocasión para llorar hasta quedarse a gusto. Mi amigo Aquilino, como dije, el más saleroso chistero andaluz que conozco, perdió igual que yo hasta las ganas de hablar durante muchas semanas. Cuestión aparte fue la reacción de mi cuñado Clemente. Como artífice y protagonista activo durante nuestra Guerra Civil de la toma de Málaga por franquistas, alemanes e italianos, ya estaba bien entrenado como para no alterarse demasiado en semejante situación, y sacó a relucir su machorro e “impasible ademán”, es decir, su absoluta imperturbabilidad ante el sufrimiento ajeno.



Vista de Málaga.

El primer acto reflejo de su hijo Inocencio fue intentar ocultar el macabro espectáculo a sus queridas hermanitas. Se puso delante de ellas abrazándolas a la vez, como queriendo protegerles con su corpachón de lo que todos tuvimos que ver de forma irremediable. Mientras la masa del público gritaba horrorizada, antes que su propio padre, tuvo el talento de sacar inmediatamente de allí a sus hermanitas. Fuera intentó convencerlas de que todo era un susto, *“un truco de los magos del circo para asustar y hacer gritar a la gente”*. Julia y Belén, de seis y ocho años, se lo creyeron, pero Ana y Sofía, las dos mayores, se habían dado perfecta cuenta de lo sucedido. Fue imposible consolarlas durante mucho tiempo.

2. Cumpliendo una última voluntad

Mi presencia aquella tarde en el Circo Eduardini fue a cuenta de mi trabajo como notario, según explicaré más adelante. No esperaba encontrármelo tan pronto en la Feria de Málaga pues, siguiendo las instrucciones de Monseñor Torres Martorell, del que yo era albacea, era el lugar exacto donde debía buscar a su heredera, es decir, a nuestra inefable Estrellita.

Dos días antes de aquella infausta función me encontré con la caravana que acababa de llegar al real de la Feria de Agosto. Los artistas y operarios estaban empezando a montar la carpa.

En primer lugar busqué al director, el señor Eduardini, y le pregunté por ella. Tras explicarle la razón de mi visita, ordenó muy amablemente a uno de sus empleados que me condujera hasta el carromato donde se encontraba la susodicha. De entrada el muchacho ya me advirtió muy campechano...

—Llévese “cuidaíto” con esa lengua que tiene, que cada vez que habla sube el pan, el pollo y la gasolina... ¡Ojú, es que oyéndola largar nos reímos mucho!

Y se quedó corto. Hay jóvenes de ambos sexos cuya presencia genera de inmediato un sentimiento de alegría y esperanza en el futuro, como por ejemplo, mi sobrino Inocencio. Por el contrario, Estrellita podría ser su antítesis, pues ya, desde que la vi me provocó una extraña sensación de estremecimiento y espanto. Su semblante era sombrío. Tendría poco más de veinte años. En aquel breve y primer encuentro me percaté de inmediato que detrás de aquella mirada suya, completamente torva y recelosa, solo podía habitar un alma completamente enferma y asqueada de la vida.



Catedral de Málaga.

Me entrevisté de nuevo con el señor Eduardini, para rogarle que la dejara acudir a la notaría de un amigo mío sita en la calle malagueña Larios, donde debía resolver conmigo un delicado asunto legal de carácter estrictamente familiar. El hombre me tomó por uno de los notables de la ciudad, y tuvo la gentileza de regalarme un talonario de invitaciones para la función de la noche del debut que iba a ser dos días después. Le agradecí mucho su amabilidad prometiéndole ir acompañado por mi familia y algunos amigos.

Mi segundo encuentro con Estrellita tuvo lugar el día siguiente de la gala del debut a media mañana. Ella acudió sola y resuelta, pero desconfiada hasta el límite.

Con mucha habilidad intenté ganarme su confianza. Al ver su porte tan triste, utilicé todas mis habilidades para intentar que se desahogara conmigo contándome sus pesares. No tardó en confesarme que arrastraba una existencia miserable. Siempre entre bastidores, trabajaba como una servidora de pista que pintaba menos que el mocho de la escoba. Durante la función era la encargada de las labores más invisibles e ingratas que odiaba cada día más y más: montar y desmontar gradas y decorados; sacar y retirar discretamente las tramoyas durante el espectáculo, abrir y cerrar los telones tirando de las maromas, poner a punto el vestuario, maquillar a los artistas... o lo que se terciase. Sufría la condena de tener que aguardar órdenes en todo momento, sin rechistar. Pero su peor suplicio, el reconcomio de todos los días era observar desde la sombra el éxito de los demás. Los aplausos eran siempre para otros, nunca para ella.

Fue inevitable: el tema de la muerte de Chuen-li tenía que salir. Pese a su frustración, ella tenía mejor suerte que su desgraciada compañera. Intenté hacérselo ver con diversos argumentos, pero a todo respondía con un silencio que no podía ser más mórbido. Un silencio que me explicaba de forma indisimulable su directísima relación con aquel asesinato.

Le pregunté algo acerca de sus relaciones con su “familia circense”; si es que andaba peleada con Carmen Rosario, pues las perrerías que le dedicó mientras le tensaba la escala para subir al trapecio me provocaron cierta curiosidad. Por fin, al oír su nombre saltó como una gata:

— *¡Porque por “mu” temprano que se levante, ésa es una hija de la gran puta. Desde que su madre la trajo hasta ahora!*

...Sentenció rotunda. Creo que cada día de vida de aquella desgraciada criatura le debía servir para almacenar en su alma kilos y más kilos de ponzoña que debía tragarse ella sola, a sabiendas de que en el mundo no podía aparecer por ningún lado un antídoto que aliviase su sinvivir. Su alma era pasto de una envidia venenosa que la estaba requemando a fuego lento.

Cambiamos de tema. A base de mucha delicadeza empecé a entresacarle algunas cosas de su vida que yo ya conocía, de su

desgraciada infancia y juventud en el orfanato de las Hermanitas de la Cruz de Sevilla. Aunque sé que las monjas le prodigaron un amor inmenso, me parece que las frustraciones allí sufridas le dejaron en su alma unas heridas incurables de por vida.

Me dejó entrever que de pequeña siempre se sintió muy desgraciada, porque cuando salía los días festivos de paseo con las monjas y aquella caterva de hospicianas uniformadas, ella observaba el mundo exterior comparándose con las niñas vestiditas de domingo que veía por la calle con sus padres y hermanos. El conflicto debió crear en su alma un resentimiento imposible de arreglar en una naturaleza envidiosa como la suya.

Pese a la exquisita amabilidad que derroché con ella, le acabé confesando mi extrañeza por su actitud recelosa. Luego, una vez que conoció el contenido del sorprendente testamento —en el que figuraba como heredera de su desconocido “tío paterno”— en contra de todas mis suposiciones, calló como una muerta. En aquel momento, las intenciones que me barruntaron sus ojos no me dieron la impresión de ser buenas.

Aunque mi capacidad de asombro ya anda algo mermada a causa de mi edad, confieso que jamás me he encontrado ante una mujer que siendo tan joven y hermosa, fuese dueña de un alma tan abyecta:

—Esto me parece un tejemaneje de usted para aprovecharse de mí. Mientras no vea en lo alto de la mesa los dineros que dice ese papel, no me creo un pimiento de lo que me diga usted.

Y así hube de hacerlo. Salimos juntos para retirar en efectivo parte de la herencia de la sucursal que la “Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Sevilla” tiene en la céntrica calle Larios. Volvimos a la notaría y le hice una primera entrega a cuenta de doscientas mil pesetas. Después de verla recontar con denuedo aquellos reales fajos de billetes verdes como la lechuga creí oportuno recomendarle —por razones obvias de seguridad— que los ingresara a su nombre en un banco. En cualquier parte del mundo es temerario ir con aquel dinero encima. Me ofrecí a acompañarla, pero se negó en redondo.



Vista de la calle Larios de Málaga.

Después de haber observado su comportamiento, pensé que su alma, pese a su juventud, ya era un océano de ponzoña en estado puro. El mismísimo infierno podría ser un lugar delicioso comparado con cualquier territorio de su intelecto.

Antes de despedirse, me explicó que había decidido permanecer un tiempo más en el circo Eduardini, por lo menos hasta que terminase su estancia en la Feria de Málaga.

—Primero haré con esto lo que me dé la gana, y de lo que aún me debe, hablaremos cuando nos veamos por Sevilla. Eso será el año que viene en la Feria de Abril...

Se cruzó dos deditos y se los besó arrojándome una especie de juramento como lo hacen las gitanas...

...como me llamo Estrellita.

Firmó un documento acusando recibo de la cantidad recibida. Le faltó tiempo para meterla en su bolso y se fue.

Al despedirnos sentí un extraño alivio, pues desde el mismo instante que apareció, me sentí como asaltado por un extraño enjambre de energías maléficas que necesitaba alejar de mí cuanto antes.

3. Teatro, solamente teatro

Todo empezó por junio de aquel 1957. Era el solsticio de verano. A la hora de la siesta, por los alrededores de Osuna y sobre toda la campiña sevillana caía un sol de justicia bajo el que se cocían hasta las palabras. Por esas mágicas calendas de San Juan multitud de pueblos de la vieja Iberia festejan el final de la primavera con hogueras y un variopinto repertorio de ritos festivos. Para la aristocracia, eso son tradiciones propias de esclavos que necesitan olvidarse de su condición pues ella, cuando le viene en gana montar un sarao, no tiene ningún problema.

La hacienda de Antillano Bohórquez-Zúñiga emergía blanca e inmaculada en medio de un frondoso mar de olivos cercano a la ciudad ducal, situada a unos ochenta kilómetros de Sevilla por la carretera que la une con Granada. La rodeaba un espeso oasis de palmeras, naranjos y limoneros de una belleza insultante. Su pequeña huerta estaba regada por el agua de una hermosa alberca que, en los meses de la canícula, servía a su dueño y a sus esporádicas uríes de discreta piscina privada. Desde tiempos de los romanos y los árabes este lugar fue un emporio de riqueza agrícola y ganadera, y es que, puestos a escoger un sitio para eso, los muy puñeteros nunca se equivocaban.

La puerta de acceso a la zona noble de la hacienda estaba rematada por el escudo nobiliario de la familia tallado en piedra. Para asegurarse la gloria, así en esta vida como en la otra, el edificio tenía adosada una capillita con una espadaña que parecía de recortable. Todo estaba enlucido de un blanco deslumbrante y decorado con molduras barrocas de color albero, ladrillo visto y remates de cerámica trianera. En torno a sus tres grandes patios había un sinfín de dependencias para el servicio.



Palacio de Osuna

Aquella tarde se movía por ellas una inusual actividad de criados y camareros.

Visto el cortijazo desde fuera, quedaba claro que aquello debía ser una concurrida celebración de la clase gozante. La espaciosa explanada que tenía frente a la fachada principal estaba repleta de grandes coches. Junto a mi poco ostentoso Citroën, destacaba un coqueto “Topolino” blanco propiedad del anfitrión, y algún que otro “Hispano-Suiza”, de color crema. Los demás eran negros como los paraguas, las máquinas de escribir o las sotanas del clero. El negro aterrador de los vehículos contrastaba con la blancura cegadora de la hacienda. Aquello parecía un nutrido grupo de escarabajos peloteros al asalto de una cremosa tarta de nata.

Estaba yo haciendo esa comparación, como si fuese el producto de una de mis ensoñaciones —no me importa confesar que soy muy goloso— cuando a lo lejos vi llegar a toda prisa una camioneta de la acreditada pastelería granadina de don Ceferino Isla, según se podía leer en su visera. El obrador de esta acreditada casa hace desde muy antiguo unos dulces y delicias que pueden hablar de tú a tú con los

más bellos poemas andalusíes que adornan las paredes de la Alhambra.

A través del tupido herraje forjado de la puerta cancela pude ver al chófer sacando a toda prisa un enorme arcón refrigerado con hielo, de él extrajo una barroca tarta de tres pisos repleta de rizos de crema, caramelo y guindas. El postre, hecho a la altura del menú del día, era un capricho al alcance de unos pocos; y es que, cuando sobra el dinero, la distancia no suele ser un problema.

Una fortísima luz cenital se filtraba por todo el ámbito entre los claros de un gran toldo blanco que cubría el patio para refrescar un poco la tórrida temperatura ambiente. Era la hora de la sobremesa y el café. El empleado, llegado en el momento justo, corrió apresuradamente con su dulce cargamento en dirección a una mesa que lo aguardaba bajo la arquería del patio, poniendo la tarta a la vista de todos. La puerta de entrada estaba flanqueada por dos soldados de la escolta del General Matamoros —uno de los ilustres invitados— a los que pidió autorización para entrar. Dentro, tras el amplio zaguán, le aguardaba el escenario de la fiesta: un bellissimo patio sevillano lleno de gente. La escalera, las estancias y todos los espacios interiores estaban embellecidos con unos exquisitos alicatados de lacería andalusí. En el centro había una preciosa fuente de mármol. El agua del surtidor saltaba festiva deslizándose por sus dos tazas hacia la pileta, para caer sobre los pétalos de rosas que flotaban sobre el agua mezclados con naranjas y limones. Cada una de las doce columnas del patio —reutilizadas desde tiempos de los romanos— tenía un exorno floral distinto cuyo colorido destacaba triunfalmente sobre el verde de las macetas dispuestas alrededor de sus basamentos.

Allí departían los invitados tras el pantagruélico almuerzo que tuvo lugar en el salón-comedor de la casa contiguo al patio central. La vajilla del convite aún estaba puesta sobre la mesa con muchas fuentes y platos de viandas dejados a medio. Para los tiempos de miseria generalizada que corrían, aquello era un vergonzante espectáculo de derroche y despilfarro.

Unos y otros bebían, reían y hablaban a gritos, mientras en el centro del patio, el maestro Quiroga, el más célebre y triunfante

compositor de melodías populares del momento, interpretaba en el piano de cola unos idílicos trémolos de “media granaína” que remedaban muy artísticamente el rumor del agua de la fuente, fundiéndose ambos. Le acompañaba sentado a su lado su viejo amigo el conocido poeta Rafael de León, autor de la letra de multitud de canciones andaluzas que, a diario, las más famosas tonadilleras popularizan por la radio. A ambos se les notaba un indisimulable incomodo al observar la indiferencia del respetable hacia la belleza de los sortilegios flamencos que salían del teclado, y prefirieron seguir ensimismados en su mundo, ajenos por completo a cuanto pasaba alrededor.

Los principales grupos de contertulios se acomodaban en tres grandes y lujosos tresillos dispuestos frente al piano, rodeando la fuente de mármol del centro del patio. Cada uno de ellos tenía una composición variopinta:

El primero estaba compuesto por un selecto grupo de caballeros encabezado por mi cuñado Clemente. A su lado, mi querido y simpatiquísimo amigo Aquilino Japón, cuya presencia era imprescindible para animar con sus chistes este tipo de reuniones. Sentado al borde del asiento de un espectacular sillón de estilo español repleto de escudos de nobleza, guerreros e ínfulas imperiales, estaba don Adolfo Matamoros Wilson, General de División y ex gobernador militar de Sevilla. Era un sexagenario con un chaparrete y desproporcionado cuerpo de garrafa que daba lástima de verlo sudar a caños; su cabeza, pegada al tronco a través de un montón de sebo, que más que un cuello parecía el amasijo de una tortera¹. Sus medallas y entorchados eran unos vanos intentos por otorgar algo de gallardía a aquel informe saco de mondongo². En el otro sillón estaba instalada la gruesa humanidad de don Agustín Peñaranda, Marqués de Triana: tenía el pataje de una bestia. Su cuerpo era un paquebote. Su alma estaba repleta de una soberbia, unas ínfulas y un señorío que sólo

¹ tortera: es un exquisito dulce navideño hecho a base de almendra y manteca; una especialidad de la confitería “Filella” de Triana, digna de tenerse en cuenta.

² mondongo: trozos menudos de intestinos y panza de cerdo que se guisan de diferente manera en cada lugar.

se creía él, su mujer doña Fuensanta que estaba enfrente, y unos pocos más. Siempre vestía un exquisito traje de hilo blanco que desde lejos lo identificaba rápido entre la chusma.

En el segundo grupo estaba representado lo más selecto del golferío sevillano: acaparando el centro de todas las miradas estaba el anfitrión de la fiesta, el terrateniente don Antillano Bohórquez-Zúñiga y Ortiz de Castillejo, un simpático y zalamero caballero que podría usarse como el perfecto arquetipo de señorito andaluz, malcriado, engreído y prepotente. Sus veinticinco años de vida licenciosa habían convertido la integridad de su ser en un territorio apto para todos los vicios. Poseía el rostro de un tipo nada de fiar. Su amable sonrisa era más falsa que las monedas de madera. En la trastienda de su mirada de rendija, completamente ruin, se escondía un alma malvada, un mundo retorcido con más recovecos que la calle de las Siete Revueltas. Iba empaquetado en un exclusivo traje de O'Kean, el acreditado sastre de la Plaza Nueva. Viéndolo allí en pleno apoteosis de su triunfo social, parecía empeñado en demostrar que su único propósito era matarnos envidia a todos a los presentes.

Mi amigo el doctor Gregorio Marañón pudo haberlo utilizado en sus ensayos como ejemplo del perfecto arquetipo del donjuán sevillano, repleto de inseguridades y miserias.

Alrededor de Antillano le reían sus gracias tres desvergonzados petrimetros de su cuerda: Enrique, el novio de Inmaculadita, un atlético joven con aspecto de deportista sanote y una sonrisa tan fresca como engañosa. Carlitos Jarana, igualmente un tiparraco de aspecto repulido y atildado con una cara de vicioso que podría ser la de Calígula; y Federico el "Crápula", de su misma pinta y "experto en francesas de la Costa Brava", el más erudito de todos en materia de mujeres cuyos vastos conocimientos procedían realmente del fulaneo del de pago. Los cuatro se agrupaban en torno a una prójima de cuidado llamada Carmela "la Guapa", una conocida alcahueta de Sevilla dueña y regenta de un burdel de lujo en la Alameda de Hércules, donde trajinaba los más variopintos servicios para la aristocracia sevillana. A su lado doña Virginia

Plata y Valderrama, Marquesa del Pedroche, una rica y bellísima viuda cordobesa de algo más de cuarenta años, famosa entre los casinos militares de más alta graduación por sus inconfesables quebrantos y devaneos amorosos, y también por ser expertísima en el arte de desplumar vivos a muchos adinerados caballeros jugando a las cartas.

Mientras Antillano la entretenía con sus chistes y requiebros, ella lo devoraba con la mirada como una perra salida. La señora marquesa vivía obsesionada por aparentar ser más beata que nadie. Ese tipo de obsesiones tiene su raíz en las profundas dudas que tenía acerca de su conducta. A mí no me iba a hacer caer en ninguna de sus trampas, y conocidos sus méritos que iré explicando más adelante, pienso que quizás era la persona más peligrosa y manipuladora de todas las allí presentes.

Cinco jóvenes camareras -lujosamente uniformadas de negro con delantal y cofia de encaje- servían el café a toda la concurrencia desde una mesa atestada que, con la recién llegada tarta, parecía un exuberante bodegón flamenco. Las bandejas y fuentes repletas de dulces y fruta confitada ni dejaban ver el portentoso mantel bordado que la cubría. Había además otra mesa con una reluciente cristalería de Bohemia para los licores y refrescos que ya se estaban sirviendo para aliviar un poco el calor.

El pastelero, después de cortar la tarta en porciones con gran destreza, las iba poniendo en unos preciosos platos azules de "Cerámica la Cartuja" con filo de oro. Sobre la mesa, una chica añadía a cada plato una generosa cuña de tocinillo de cielo; otra iniciaba el reparto de los ya servidos; y una tercera, tras distribuir unas servilletas de encaje antiguo, dispuso apresuradamente sobre una fuente de cristal alemán un variado repertorio de bombones procedentes también de la misma confitería granadina. Pese al calor, llegaron igualmente en perfecto estado gracias al arcón-nevera de hielo, porque si no, habría que tomárselos con una cañita de las que ponen los heladeros valencianos para beber horchata de chufas.



Jardín andaluz.

Tras la celebrada tarta aparecieron unas bandejas con unos providenciales vasos de agua fría preparados para servir el popular alivio digestivo del doctor Gustín, consistente en dos sobres, uno azul y otro rosa que había que disolver sucesivamente antes de beberse en plena efervescencia. El regüeldo provocaba un aliviador vendaval que cada uno disimulaba lo mejor que podía cuando les salía por la boca, pero a los que les escapaba como un cañonazo por el lugar indeseado procuraban darse una pequeña vueltecita por el patio para guardar las apariencias. Hubo más de uno que ventiló sus gaseosidades mientras se daba un peripatético paseo para admirar el artesonado mudéjar de los techos y los cuadros de las paredes. Pero creo que lo correcto habría sido sacar repetidas veces unas higiénicas ánforas “vomitorium”, de las que usaban los romanos de la decadencia en sus festines, con unas plumas de pollo mojadas en aceite de oliva del Aljarafe para facilitar una más rápida evacuación oral. Pese a todo, aún los había capaces de probar todo el repertorio de dulces y bombones de las bandejas que seguían apareciendo sin cesar.

Las estrepitosas carcajadas de mi cuñado, del General Matamoros y del Marqués de Triana seguían tronando muy por encima de los exquisitos trémolos y arpegios del pianista.

Yo me encontraba allí por mi trabajo de notario para ser informado acerca de una misteriosa transacción patrimonial que se había producido entre Antillano Bohórquez-Zuñiga —el actual dueño de la hacienda— y la señora Marquesa del Pedroche. Durante la fiesta hablé muy brevemente con ellos. Tan solo tuvieron a bien concederme el tiempo justo para concertar una entrevista personal unos días más adelante en mi notaría.

La mayoría de los convidados eran antiguos amigos de los padres del anfitrión de la fiesta, todos pertenecientes a la más rancia aristocracia andaluza y a las fuerzas vivas de la vida religiosa, civil y militar de Sevilla. En total unas cuarenta damas y caballeros, dispuestos en su mayoría a pagar “cochura por hermosura” con la ayuda del poderío de su atuendo. Ahíto como estaban de deglutir como tragaldabas³, ya llegó el momento de los postres y de disfrutar de la sobremesa al frescor de la fuente del patio.

Me acerqué al corrillo; pegué la oreja discretamente viendo cómo mi inspirado amigo Aquilino seguía sin pausa con su interminable carrete de chistes que siempre iniciaba con unas ingeniosas glosas a sus títulos nobiliarios:

—“Yo soy...yo soy...yo soy...
El Marqués de Villaviciosa y Santaella.
Señor de la Feria y la Semana Santa.
Yo solito, soy resumen de España
y de la Sevilla la que reza, peca y canta...
devota del jamón, las gambas y la paella.”

...A lo que iba yo: y en esto que un día me encuentro a un amiguete por la Campana corriendo, y le pregunto: ¿A dónde va usted con tanta prisa? Y va y me dice:

³ Tragaldabas: término que se aplica por Málaga y Granada a los que comen desafortadamente.